Año LIII.-N.º 285. Barcelona, jueves 12 de Octubre de 1911. Pag. 11941.

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: Escudillers Blanchs, 3 bis, bajo. { Administracion: Plaza Real, núm 7, bajos
Precios de suscricion: Barcelona, 1'50 ptas. (plata) al mes. Fuera, 6 id. trim. Extranj. 9 id

Diversiones particulares

Tertulia Catalanista TEATRE PRINCIPAL. — Escullida funció pera lo dijous, 12 del corrent, día de Moda.—Lo magnífich drama en 4 actes **La verge boja**, que tan magistralment desempanyan lo senyor Giménez y la senyora Xirgu. Despatx de vals en «El Ingeni», Raurich, 6; Sombrerería Gili, Hospital, 16; Relotgería Mullor, Baixada de la Presó, 8, y Joyería Pomar, Rambla de Catalunya, 110.

Crónica diaria.

El gran incendio de esta madrugada.

Según ya damos cuenta en la edición de esta mañana, á las dos de esta madrugada se ha declarado un incendio en la casa número 34 de la ronda de San Pablo, almacén de borras de Hijos de José Goig.

Inmediatamente han acudido los bomberos con el material correspondiente, dando principio á la extinción del incendio, el cual ha tomado grandes proporciones desde los primeros momentos, amenazando propagarse á las casas vecinas.

Efectivamente, la voracidad del fuego inmenso ha lamido al poco rato las casas contiguas, alzándose por encima grandes llamaradas, que producían chisporrotazos enormes é imponentes.

A pesar de los esfuerzos de los bomberos y de los vecinos, no ha podido evitarse que las cuatro casas más cercanas fueran presa de las llamas.

Al momento acudieron al lugar del siniestro don Ricardo Soriano, don Julio Marial el diputado señor Moles, el jefe del distrito, señor Molas, con varios agentes á sus órdenes.

Las casas en que el fuego se ha propagado son las del número 36, donde se ha hundido el techo del piso 1.º, una de la calle de Amalia, número 22, y otra de la calle de la Lealtad.

Los vecinos de dichas casas desde los primeros momentos, presas del mayor pánico, han huído, bajando las ropas y muebles de sus pisos á la calle.

Los heridos.

En el Dispensario de la Universidad ha sido auxiliado un individuo de 36 años, sin domicilio, por presentar síntomas de asfixia y dice llamarse Vicente Ventura.

En el Dispensario de Santa Madrona ha sido auxiliado otro sujeto de asfixia llamado Julio Montes, de 35 años, siendo trasladado al Hospital Clínico por su grave estado.

Además hay heridos Julián Díez, de 25 años; Daniel Tudela Soler, de 33 años; Cristóbal Herrero, de 28 años, todos con quemaduras de más ó menos gravedad.

Por de pronto, el almacén ha quedado completamente destruído y con grandes desperfectos las casas vecinas.

El tránsito por las Rondas ha quedado interrumpido menos el de los tranvías, para lo cual se han levantado los adoquines y las mangueras pasan por debajo de los rails.

Esta mañana continuaba el incendio y á la hora que cerramos la edición está com-

pletamente localizado, aunque no extinguido, pues en el interior queda rescoldo quizás para todo el día.

Han acudido allá el alcalde, marqués de Marianao, el gobernador y representantes de otras autoridades.

Un círculo inmenso de curiosos rodea el lugar del siniestro, comentando las causas, y, además, numerosos agéntes de la autoridad gubernativa y civil impiden el paso para que nadie se acerque á las casas siniestradas, que amenazan derrumbarse.

En el barrio la consternación es inmensa.

Las pérdidas materiales se calculan en más de 500,000 pesetas.

Detalles del incendio.

Según rumores recogidos en el lugar del suceso á última hora de la madrugada parece ser que los bomberos no acudieron al lugar del siniestro con la presteza debida. Afirmaban algunos testigos presenciales de los comienzos del incendio que si las bombas hubiesen acudido solamente media hora después de iniciado el fuego, éste no hubiera tomado tan grandes proporciones.

También censura el público que del cuartelillo de al lado se negaran á facilitar material de salvamento. Esto, de ser cierto, constituiría una enormidad acreedora de un ejemplar castigo.

El almacén de borras estaba asegurado; en cambio los edificios contiguos no lo estaban.

Gacetilla.

El vapor *Regina Elena* salió de Montevideo para Río Janeiro el día 8 del corriente.

Los vecinos de la calle de Jaime Giralt se quejan del estado de abandono en que la misma se halla, no sólo por la falta de vigilancia, sino por la que es aun peor, de limpieza, pues á eso de las seis de la tarde es sacada á la calle la basura de las casas, infestando el ambiente al extremo de hacerlo irrespirable.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar á los destinatarios:

De Reus, Francisco Bové, Baja San Pedro, 55, 1.°; de Madrid, Vermuth; de Málaga, Manuel Palacios y García; de Manresa, Francisco Cubianas, Ali-Bey, 137; de Valencia, Federico Richarson; de Reus, Juan Mateu, Meridiano, 113, San Martín; de Madrid, José Ramal, hotel Peninsular; de Bilbao, Miravitllas; de Madrid, José Margente, Fernandina, 95, 1.°

El vocal del Patronato Nacional de sordomudos, ciegos y anormales señor Díez Vicario se encuentra en Barcelona con objeto de visitar todas las Corporaciones, Sociedades y establecimientos que se dedican á la protección y enseñanza de los sordomudos y de los ciegos.

La baja que desde hace días se observa en las cotizaciones del algodón en rama ha motivado una mayor paralización en las fábricas de tejidos, especialmente las dedicadas á la elaboración de tejidos con hilos teñidos.

Actualmente se considera que hay en Barcelona y sus suburbios más de un 20 por 100 de telares parados.

¿Tendrán presente este dato nada halagüeño esos padres de la patria que andan en pos de la reforma arancelaria?

Conferencias y reuniones.

*** La Comisión de Instrucción y Propaganda de la Asociación de la Dependencia Mercantil (Archs, número 3, principal) ha organizado para hoy, á las diez de la noche la primera conferencia de la serie, á cargo de don Delfín Dalmau, sobre el tema "Nacionalisme y humanisme llengüístichs".

*** Se ruega á todas las personas que deseen asistir al banquete popular que en honor de Enrique Morera tendrá lugar el próximo domingo, á las nueve de la noche, se apresuren á recoáer los tikets en los lugares siguientes: Catalunya Nova, San Simplicio, 6, 2.°, Sindicato Musical, Asociación de los Coros de Clavé, Centre A. de D. del C. y de la I.; C. N. R. de Barcelona, Fayans Catalá, L'Avenç, Mundial Palace, confitería Puigdomenech, rambla de las Flores, 30; Durán y Bori, Fernando, 33, y Círculo Artístico.

Vía obstruída!

Aquella noche Piboulet compartió el camastro del mozo de labranza.

Al levantarse éste le lastró con un buen trozo de pan moreno y un buen vaso lleno de peleón y le dejó á la entrada del puente que hay sobre el río Mier.

—Animo y buena suerte. Trata de encontrar trabajo que no sea muy pesado.

Piboulet atravesó melancólicamente e puente y se encaminó hacia unos terrenol baldíos que había entre el río y la vía del ferrocarril.

El sol naciente hacía brillar las piedras como espejos.

Los mirlos silbaban en las floridas acacias.

Después de ocho días de lluvias consecutivas, el cielo estaba sereno y radiante.

Sin embargo Piboulet estaba muy triste. Hacía un mes que andaba errante por los campos, viviendo de mendrugos y algún trago de vino, durmiendo en las granjas ó en los establos en compensación de algún trabajo fijo en ninguna parte. Las viñas estaban demasiado adelantadas para el laboreo y los prados no estaban en sazón para la siega.

¡Ah! ¡qué mala idea había tenido al dejar la montaña para ir á buscar fortuna á Lirnagne!... En Saint-Eloy-la-Glacière, al menos había pinos y abetos que podar, rocas para sacar piedras... ¿Pero por qué volver á su país? ¿Para encontrar vacía su cabaña después de la muerte de su madre? No.

La verdad es que desde hacía siete años que había salido del servicio no había tenido suerte. Piboulet no había podido fijarse en ningún sitio. Durante toda su vida iría de Ceca en Meca con sus gruesos zapatos herrados. ¿Es esto vivir?

Le hizo estremecer el silbido de un tren de mercancías y, una vez desaparecido el tren, se inclinó sobre la valla de espinos verdes, mirando inconscientemente los rieles que brillaban sobre el balastro humedecido por el rocío.

El vaso de peleón que le había dado el mozo de labranza se le había subido á la cabeza y había enardecido su desesperación.

—De todos modos, pensó, tengo ahí un medio bien sencillo para acabar con la condenada vida que llevo... El tiempo preciso de tenderse sobre un riele en el momento de pasar un tren, cerrar los ojos y ¡crac! Nadie hallará en falta á Piboulet y éste no sentirá dejar á nadie.

Permaneció algunos instantes perplejo, con la vista fascinada por aquellas dos barras paralelas de acero que parecían unirse en el extremo de la vía. Después saltó bruscamente la valla.

Su determinación estaba adoptada de una manera irrevocable.

Con la actitud de un hombre que está demasiado fatigado para permanecer en pie, se acostó sobre el balasto, lanzando un suspiro de desahogo, y se durmió profundamente.

—

Su dueño duraba próximamente media hora, cuando fué despertado por un estruendo espantoso.

Una colina poblada de bosque y rocas se derrumbaba sobre la vía. Piboulet creyó que le caía encima.

Una piedra le dió en la cabeza y un hilo de sangre corrió por su mejilla derecha.

—¡Dios mío! ¿qué es esto?

Sucedía que una parte de la abrupta colina minada por las lluvias persistentes de los días anteriores, acababa de ponerse en movimiento, descendiendo el terreno en forma de aludd y los pedazos de roca, saltando violentamente, habían ido á estrellarse en el campo hasta llegar á sepultarse en el río.

Piboulet comprendió que acababa de escapar por milagro á la muerte que buscaba en esta forma.

Su cerebro inocente vió en ello una seña manifiesta de que, desde el momento en que la montaña le había respetado, no tenía que morir.

A cien metros de allí, en el punto en que la vía se hundía en una estrecha garganta formada de una parte del río y de la otra por una muralla de granito, vió un montón formidable terrible.

—¡Si un tren iba á chocar allí!—pensó Piboulet!

Reflexionó sobre las consecuencias de la catástrofe y le pareció ver la locomotora estrellándose á toda velocidad contra aquel montón de rocas y de piedras, los vagone

destrozados y trozos de madera, de hierro y de carne palpitante precipitarse en el Mier.

El vagabundo se estremeció al forjarse esta idea.

¿Cómo hacerlo para evitar la catástrofe? Remontar la vía y correr hasta el más próximo guardabarrera, quien haría las señales necesarias.

Evidentemente, no había otro recurso.

Remontó la vía corriendo con el corazón anhelante y los ojos abiertos, con la esperanza de divisar una casilla con tejas encarnadas... Aquella casilla sería la salvación. Se trataba de encontrar una á tiempo.

De repente se paró en seco; el silbido de una locomotora acababa de sonar á lo lejos, agudo, prolongado, turbando el silencio del soleado valle.

Piboulet acababa precisamente de salir del último tramo de vía que se hundía en la garganta.

Desde allí los rieles se extendían en línea recta hasta perderse de vista, entre las viñas y los floridos árboles del llano.

Levantó los ojos y vió allí lejos, muy lejos, á unos dos kilómetros próximamente, un punto negro que se movía y crecía.

¡Era el tren!

¡Qué hacer! ¿Señales? ¿Cuáles? ¿El maquinista ó el conductor prestarían la menor atención á un infeliz vagabundo que se introduce en la vía á pesar de la prohibición formal del reglamento vigente y que agita su pañuelo al paso del tren, lanzado tal vez á la velocidad de sesenta kilómetros por hora?

¡Vaya, pues! No hay más que un medio y es interceptar la vía... y, para interceptarla, Piboulet estaba perfectamente indicado. Media hora antes la esperaba tendido; lo mismo importaba esperarle de pie.

Entonces, inmóvil y con los brazos cruzados, esperó.

—

Transcurrió un minuto.

Resonó un silbido breve, estridente: después, otro; después otro.

La fisonomía de Piboulet se iluminó.

—Desde el momento en que el maquinista señala peligro es que me ha visto —pensó.

Mejor motivo para no moverse.

El gorro le caía sobre la frente; pero no se atrevía á arreglárselo por temor de hacer un movimiento que fuera mal interpretado.

Entonces los silbidos llenaban el valle, sin cesar un momento. Indudablemente le querían decir á Piboulet:

—¡Apártate de aquí, animal!

Pero el animal era testarudo. El pecho de Piboulet se hinchaba de orgullo y sus labios irónicos le decían mentalmente al maquinista:

—Silba, tonto, silba tanto como quieras... Yo soy la señal de alarma, el poste en donde te has de detener... Eres libre de aplastar al poste, pues para esto está aquí... ¡Después!

Después, apenas el maquinista hubiera abierto la llave del vapor, habría visto en el primer tramo de vía la colina derrumbada y tenido tiempo de dar contravapor y parar el tren.

Bruscamente, como si fuese un sueño, el ronquido de la locomotora resonó cerca de él y llenó su cabeza... En medio de la idea sencilla y absoluta que tenía de su muerte segura, Piboulet no había advertido la disminución de velocidad del tren. Cerró los ojos y se tendió sobre un riel para hacer más corta la agonía...

—

El maquinista había dado contravapor oportunamente. El último golpe de manivela hizo dar un empujón con uno de los salvavidas al cuerpo del vagabundo, quien rodó, aturdido por el golpe.

Detenido el tren, aparecieron en las ventanillas las inquietas cabezas de los viajeros.

El maquinista y el fogonero saltaron de la máquina y se les unió el jefe del tren.

Levantaron á Piboulet y pudieron convencerse de que, aparte de algunas contusiones insignificantes, no había recibido ningún daño.

El furor del jefe del tren se manifestó con toda crudeza:

—¿Qué te ha inducido á colocarte en medio de la vía, imbécil? ¿Querías suicidarte?

El vagabundo volvió hacia el jefe su plácida fisonomía.

—No... solamente que se ha derrumbado la montaña... allí... á doscientos metros... Como no hago falta á nadie en este mundo, he querido al menos evitar una catástrofe segura... ¿comprende usted? y he obstruído la vía con mi cuerpo.

Piboulet está ahora empleado en la Compañía.

JUAN ROCHON.

El joven lanzó un suspiro ahogado; sus facciones se habían descompuesto.

—¿Por qué me ha dicho eso? ¿Por qué ha despertado en mi corazón tan cruel sospecha? ¡Oh, es horrible!

El viejo estaba arrepentido de su confidencia; tenía lágrimas en los ojos

—Perdóname—dijo—; yo me creí en el deber de avisarte.

—No se lo repruebo, pero su revelación ha destruído todos mis sueños de ventura.

Un grito de dolor que llegó hasta el fondo del alma de Fabio escapó de labios del viejo.

—Perdóname, perdóname—repitió.

El joven, noble y bueno como siempre, no pensando ya en aquel instante en su dolor, estrechó en sus brazos al señor Damiani.

—No estoy disgustado con usted, se lo juro—le dijo—. Al contrario, le quedo agradecido.

Y aquel día su despedida del viejo fué más afectuosa que de costumbre.

El joven cuando se quedó solo lloró como una criatura.

¿Era posible que aún pensase en Giovanna con la duda atroz que atormentaba su corazón?

¿Su padre el amante de la marquesa de Protti?

¿Con qué valor se presentaría al marqués á pedirle la mano de su hija?

El rubor de la vergüenza le subió al rostro.

No maldecía á su padre, pero no podía desechar la idea de que á él debía todas sus desventuras, de que todas sus culpas recaían sobre su cabeza inocente.

Pensando en su padre, pensó también en su asesino.

¿Dónde se ocultaba?

Fabio creyó siempre que el crimen lo había cometido algún compañero de orgías de su padre.

Pero de repente tuvo otra sospecha. ¿No tendría por móvil el asesinato la venganza de algún marido engañado?

No acusaba al marqués de Protti.

Era un caballero muy honrado y leal para vengarse tan vilmente.

Pero habría otros que odiaran á su padre por haberse visto por su causa deshonrados en sus más caros, sus más santos afectos.

¡El buscaría!

Mas entretanto necesitaba borrar de su corazón la imagen de Giovanna, á la que adoraba con toda la poesía, la fuerza, la castidad de un primer amor.

Desde aquel día no trató ya de verla.

Y cuando el destino le puso enfrente de ella en la calle de San Tommaso tuvo valor para disipar la última embriaguez de su sueño y mostrarse frío, casi indiferente, mientras su alma se desgarraba, cuando su porvenir se le aparecía con todo su horror, con toda su desoladora desesperación.

Pocos días después, Lodovico Damiani fué una mañana á casa abio y supo que éste había abandonado repentinamente Turín.

Esperó carta suya, alguna noticia; pero transcurrieron semanas y meses sin que supiese nada.

Los conocidos del joven no se sorprendieron por aquella desaparición, atribuyéndolo á la originalidad del carácter del joven.

—Era tan misántropo como bueno—decían.

Al año ya nadie se acordaba de él, fuera de Giovanna y de Damiani.

Este, después de algunos violentos accesos de cólera contra sí mismo, porque se creía la causa involuntaria de aquella desaparición, cayó en una melancolía profunda, de la cual nada le sacaba.

Dejó su casa de la vía della Rocca y se fué á vivir al Borgo Dora, en una casita rústica, aislada, situada entre unos solares y un prado.

Allí vivía, encerrado siempre con su criado Donato y un corpulento perro llamado *Malot*.

Donato, cuando salía por las mañanas á hacer la compra, compraba á su dueño todos los periódicos que encontraba.

Eran el único entretenimiento del señor Damiani, el cual deseaba estar al corriente de cuanto sucedía.

Así se enteró del casamiento de Giovanna con el hijo del conde de Alseno.

Al leer la noticia, un relámpago de cólera brilló en los ojos de Lodovico.

—¡Tan coqueta como su madre!—murmuró—. ¡Y pensar que he perdido á Fabio por causa suya!

Durante unos días el corazón del viejo estuvo torturado por una cruel lucha.

El infeliz paseaba por su casa como una fiera enjaulada, dejando escapar gemidos roncos, mostrándose presa de un rabioso dolor.

Después se calmó de nuevo hasta que una noticia inesperada le asestó otro terrible golpe.

Supo la muerte de Flora.

¡Cómo la compadeció! ¡Qué profundo sentimiento experimentó!

—Es una fatalidad—murmuraba—; todos los inocentes caen, mientras los verdugos triunfan.

Una mañana, se encontraba aun en el lecho el señor Damiani cuando entró su criado con el rostro bastante animado.

—¿A que no se figura, señor, á quién he encontrado esta mañana?—dijo el doméstico sin preámbulos.

El viejo se incorporó en el lecho y fijó en Donato sus ojos curiosos, inquietos.

—¿A quién?

—Al señor Roberti.

El viejo lanzó un grito y se dejó caer sobre la almohada; aquella noticia le había hecho casi desvanecerse.

—¿El? ¿El?—balbuceó con voz apagada.

Después, levantándose con energía, agregó:

—¿Te ha visto? ¿Le has hablado?

—Sí; don Fabio fué quien me detuvo, porque yo no le habría reconocido. Se ha dejado crecer la barba y tiene el rostro más moreno que antes. Me ha pedido noticias de usted y me ha dicho que esta noche vendría á verle.

La luz del día, cayendo de lleno sobre el rostro del señor Damiani, permitía á Donato verle la fisonomía radiante, los labios sonrientes.

—Vendrá, vendrá—repetía el viejo quedito, con voz acariciadora—; no es un sueño.

Dominada su emoción, Lodovico se levantó y abrió la ventana de su cuarto. Aunque hacía frío, experimentó una sensación deliciosa que le hizo respirar ruidosamente.

Después se le antojó arreglar un poco la casa; envió á Donato á comprar flores y bujías, se ocupó él mismo de todo y cuando á la noche vió su salita bien iluminada y llena de flores, sonrió y se dejó caer en una poltrona al lado de la chimenea encendida.

A las ocho llamaron á la puerta.

—¡Es él!—exclamó el viejo, cuyo corazón latía con violencia.

Y se levantó para salir al encuentro del joven.

Era, en efecto, Fabio, palidísimo, conmovido, tembloroso como un muchacho.

El abogado no osaba avanzar ni decir palabra.

El viejo abrió los brazos y Fabio se arrojó en ellos llorando.

—¿Me perdona?—murmuró entre sollozos.

—Soy yo, hijo mío, quien debe pedirte perdón. Si no te hubiese hecho aquella revelación, tú no habrías partido.

—Es cierto.

El viejo hizo sentar á Fabio á su lado y se puso á contemplarlo en una especie de éxtasis.

Le encontraba más guapo que antes.

—Te has hecho más hombre—le dijo casi alegremente.

—El dolor me ha envejecido antes de tiempo. He sufrido mucho, sin poder acallar á mi corazón.

—¿Amas aún á la hija del marqués de Protti?

—¡Siempre! Su imagen ejerce en mí un imperio absoluto; no puedo sustraerme á su fascinación. Sin embargo, sé que ella me ha olvidado y se ha casado con otro. No, nunca habría creído que Giovanna accediera á casarse con el hijo del conde de Alseno. Lo conocía y alguna vez me habló con desprecio de aquel joven disoluto y vicioso, que nada respetaba, para el que nada había sagrado, el canalla que deshonró é infamó á la pobre Flora, que ya no puede vengarse...

Y, sofocando la poderosa emoción que le vencía, agregó:

—Mire, yo habría sufrido todo el martirio sin lamentarme, si hubiese sabido que Giovanna se casaba con un hombre estimado que la hacía feliz

Pero el pensamiento de que es esposa de Arnaldo me tortura el alma, me produce una impresión atroz de cólera y desdén. ¡Oh, esto es demasiado cruel.

—¡Véngate!—dijo con tono sombrío el señor Damiani, estrechando nerviosamente una mano de Fabio.

Este movió la cabeza negativamente.

—No puedo ni debo hacerlo. Fuí yo quien renuncié á Giovanna, y ella, quizá por despecho, sin reflexionar que labraba la desdicha de toda su vida, dió su mano á Arnaldo. Yo debo velar por ella; tengo el presentimiento de que algún día Giovanna me ha de necesitar.

El señor Damiani abrazó á Fabio.

—Tienes un gran corazón, demasiado corazón, y serás siempre infeliz.

—Pero no tendré nunca remordimientos.

El viejo palideció de una manera espantosa.

Fabio no lo notó; había ocultado el rostro entre las manos.

Permanecieron un instante silenciosos.

El señor Damiani fué el primero en hablar.

—¿Puedes decirme dónde has vivido todo este tiempo?

—He viajado continuamente—respondió Fabio levantando la cabeza—. Hace un mes que regresé á Turín. En cuanto llegué quise ver á usted, pero nadie pudo darme su dirección.

—No la dejé á ninguno. Tu desaparición fué un terrible golpe para mí y decidí retirarme del mundo. Aquí vivo aislado, como un oso en una jaula.

—¡Ah! También yo quisiera encontrar una casita así, donde pudiera encerrarme cuando saliera del despacho.

—¿Por qué no vienes á habitar conmigo? Hay habitaciones suficientes.

Fabio parecía embarazado; dos veces se pasó la mano por la frente. Después, como si adoptase una resolución, murmuró.

—Es que yo no estoy solo.

El viejo se estremeció.

—¿Vives, quizás, con alguna mujer?

Fabio se puso encarnado.

—¡Oh, esto no! Le diré prontamente de lo que se trata. Tengo conmigo una niña de tres años cuya madre ha muerto.

El señor Damiani lanzó un grito y estrechando las manos de Fabio exclamó:

—Lo adivino; es la hija de Flora.

—Es verdad; pero le ruego que este secreto quede entre nosotros.

—Seré mudo como una tumba.

—Yo he compadecido mucho á esa desgraciada de cuya inocencia he estado siempre convencido. En su desesperación ella había rechazado y maldecido á su hija; yo tuve lástima de aquella pobre criaturita abandonada, la recogí y no la abandonaré jamás.

El señor Damiani estaba tan conmovido que no podía proferir palabra.

Sollozando, llorando, llevó á sus labios las manos del abogado y las besó.

Fabio estaba embarazadísimo.

—¡Corazón generoso!—murmuró por último el viejo—. ¡Ah, no puedes figurarte cómo apruebo tu acción!... Trae aquí esa niña; yo me convertiré en su abuelo, como tú te has convertido en su padre, y entre los dos la amaremos tanto que no echará de menos á los que la dieron el ser.

Había hablado con tanta sencillez y ternura que Fabio, conmovido, le abrazó y aceptó su oferta.

—Sí, Vivetta necesita que alguno esté siempre á su lado—dijo el joven—. Es cierto que su nodriza, convertida ahora en su aya, la ama mucho; pero, de todos modos, es preciso que se la vigile mucho.

—¿Le pusiste tú el nombre de Vivetta?

—Sí; es una cara niña toda vivacidad y franqueza; bella como un ángel.

—¿Se parece á su madre?

—No; pero estoy seguro de que la amarás en cuanto la veas.

—La amo ya. ¿Cuándo la traerás?

—Mañana por la noche.

Aun hablaron largamente de la muchacha.

El señor Damiani enseñó á Fabio la casita para que viera que allí podía alojarse bien con Vivetta, la cual en la primavera y en el verano podría correr y jugar en los prados.

Una melancólica sonrisa entreabría los labios de Fabio.

Cuando el joven se separó del señor Damiani ya eran más de las doce.

El viejo, cuando quedó solo, en vez de irse al lecho, volvió á sentarse junto al fuego.

Y con repentina tristeza, con voz angustiada, murmuró juntando las manos:

—Una buena acción, ¿podrá hacerme olvidar mi maldito pasado?

IV.

La salita de fumar del príncipe Fernando era de un lujo verdaderamente excepcional. Su dueño había querido que encerrase todos los tesoros del arte, las delicias más sensuales, los más escogidos productos de la humana inteligencia.

El príncipe Fernando era un hombre de unos treinta y cinco años, no guapo, pero con una fisonomía viva y expresiva, cabellos negros, ojos azules, manos y pies perfectos.

Se decía que estaba dotado de mucho ingenio, y, en efecto, no había nada más atrayente que su conversación. A una extremada dignidad natural unía graciosa afabilidad y los más exquisitos modales.

Cuando perdió á su joven esposa, con la cual había vivido feliz durante diez años, el príncipe Fernando se retiró á su palacio triste, angustiado, sin querer ver á nadie y sin que nada pudiera distraer su melancolía.

Sin embargo, sus sufrimientos, poco á poco, fueron menos acerbos; comenzó á reconocerse á sí mismo, á mirar á su alrededor; sintió nuevos impulsos de vida, y si no llegó á olvidar por completo á la perdida compañera, el recuerdo de ella no le producía ya más que una dulce, suave melancolía.

El príncipe Fernando, que antes veía su futuro como un desierto inmenso llegó por último á concebir nuevas esperanzas para el porvenir.

Era joven aún, poseedor de una fortuna inmensa, dueño de sí mismo.

Envidiado, imitado, halagado por todos, ¡él podía encontrar aún no pocas satisfacciones en la vida!

El príncipe Fernando volvió á frecuentar la sociedad, á conducir una existencia novelesca.

Se contaban de él aventuras maravillosas; se decía que frecuentemente, como el príncipe Rodolfo de *Los misterios de París*, se complacía en disfrazarse y frecuentar los peores antres de Turín, y que una noche había reñido á cuchilladas con un notable y famoso matón, al que acabó por poner fuera de combate.

Se hablaba también misteriosamente de sus relaciones con algunas muchachas del pueblo bajo, á las que luego había dotado con esplendidez.

Pero como él siempre se mostraba reservado, todo lo que se decía no pasaba de suposiciones.

En aquel invierno la aparición de Flora en sociedad fué una especie de acontecimiento. Su extraña belleza, su esbeltez, su aire despreciativo, sus imperiosos modales habían presto atraído sobre ella todas las atenciones.

Se decía que aquella joven era peligrosa y que estaba dotada de una coquetería infernal, tan fantástica, que rechazaba hoy lo que ayer deseaba frenéticamente.

Estas voces habían llegado á oídos del príncipe Fernando, que deseó conocerla.

El la vió por vez primera en el teatro Regio y en toda la noche no apartó de ella los gemelos.

Flora llevaba un vestido audazmente descotado é iba sin más joyas ni adornos que un ramo de rosas á la cintura.

Parecía inquieta, nerviosa, dirigía distraída miradas alrededor de la sala y su encantadora fisonomía expresaba una indiferencia, un desdén tan profundo, que el príncipe no sabía en realidad si admirarla ó compadecerla.

Aquella noche Fernando no hizo más que pensar en ella y al día siguiente hizo llamar á su casa á madama Peila, que en otras ocasiones le había servido.

La vieja fué introducida á la tarde en la salita del príncipe.

Muellemente recostado en un sofá, Fernando, que chupaba una larga pipa con boquilla de ámbar, no se movió al entrar la vieja ni la invitó á sentarse.

—¿Quién es esa linda muchacha que va contigo?—preguntó sin preámbulos, arrojando una larga bocanada de humo.

Madama Peila sonrió.

—Un fruto prohibido, príncipe—respondió.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que será difícil gustarlo. Emma, mi sobrina, porque es mi verdadera sobrina, hija de mi hermana, como puedo probarlo con documentos, se deja llevar por mí á los paseos, á los teatros, se complace en que la obsequien y cortejen... pero, ¡alto ahí!... no permite que se pase más adelante.

El príncipe se encogió de hombros.

—¿Crees que soy un necio? La sobrina es una bribona como la tía y quiere venderse cara. Tú sabes que yo no discuto nunca precios; ¿cuánto?

La vieja se mordió los labios.

—No sabe cuánto lo siento, príncipe; pero no puedo servirle en esta ocasión.

El príncipe se impacientaba.

—Entonces, ¿por qué la exhibes?

—Porque esperaba que cambiase de parecer; todos mis ahorros los he gastado en ella, en darla una buena figura; pero esa muchacha, perdone usted la frase, es más tozuda que un mulo.

—¿Ama, quizás, á alguno?

—¡Oh, esto no! Lo aseguro, la pobrecita ha venido del campo y aun está algo salvaje.

—Nadie lo diría al verla. Anúnciale mi visita para mañana á la noche; me he de salir con la mía.

—El cielo lo quiera, príncipe—dijo madama Peila haciendo una profunda reverencia y retirándose enseguida.

El príncipe fué puntual. Su curiosidad y su amor propio estaban excitados.

Creía que había descubierto un tesoro y no quería dejarlo escapar.

Madama Peila y Flora le aguardaban.

La joven, que estaba vestida con suma sencillez, que la hacía aún más fascinadora, acogió al príncipe con una especie de modesta reserva, pero sin ocultar, no obstante, su alegría.

Pronto desapareció su embarazo y el príncipe quedó admirado al notar en ella un talento distinguidísimo y una desenvoltura y una educación poco comunes.

Su admiración fué tan significativa al encontrar tantas perfecciones reunidas, que Flora se apercibió de la impresión que había producido y se turbó un poco.

—¿Usted no había vivido siempre en el campo?—dijo el príncipe.

—Merced á la protección que me dispensó una buena señora he pasado algunos años en el colegio—respondió vivamente Flora—y allí he aprendido lo poco que sé.

Madama Peila había salido de la sala para dejar sola á la joven con el príncipe.

Este arrodillóse ante la joven y con voz conmovida y penetrante dijo:

—Perdóneme Emma; ayer era un loco que habría dado una parte de sus riquezas por conseguirla; ahora, en cambio, creo que únicamente la posesión de su corazón puede hacerme feliz; hoy la amo.

Flora lanzó un ligero grito y ocultó el rostro entre las manos.

—¡No me lo diga, no!

—¿Por qué?—preguntó el príncipe agitado—¿la he ofendido quizás?

Flora descubrió el bello rostro, que aúntenía huellas de lágrimas, y con acento angustiado exclamó:

—Yo aún no comprendo por qué estoy aquí y qué es lo que se quiere hacer de mí. Vine á Turín sin saber cuál sería mi suerte. Mi madre había muerto y no me quedaba otra protección que la de mi tía; en ella tuve fe, en ella, que me dijo que había asegurado mi porvenir; pero ¿de qué modo? Todos los días se me presentan nuevos hombres, que vienen á pedirme amor, y yo les rechazo.

—Porque su corazón aún no ha hablado á favor de nadie; pero yo haré tanto por usted que al fin me amará.

Flora le miró, fingiendo de nuevo espanto.

—¡No... no... déjeme... sus palabras me turban y no sé explicarme el motivo!...

El príncipe la tomó una mano y la llevó á los labios.

—Emma, querida Emma, yo no quiero que tenga miedo de mí...

Sus ojos, llenos de indefinible ternura, se fijaron en los de ella, que, temblorosa, avergonzada, se desasió de su mano y salió corriendo de la estancia.

El príncipe no la detuvo ni se encolerizó.

Ahogando un suspiro y sin aguardar á madama Peila se alejó de aquella casa con la cabeza inflamada y el corazón conmovido.

La negativa de Flora, que no le quitaba todas las esperanzas, aquella timidez admirablemente fingida, todo contribuía á electrizarle, á acrecentar su pasión. Y cuando un hombre de la edad, del carácter y de la posición del príncipe se enamora seriamente, su vida no es más que una larga tortura amorosa y no experimenta más dicha que satisfacer los deseos del objeto amado; no puede ya vivir sin él.

El príncipe Fernando, después de una noche agitadísima, hizo llamar á su mayordomo y tuvo una larga conversación con él.

Pasó una semana sin que madama Peila y Flora volvieran á ver al príncipe.

Lo que no debe hacerse con los oídos.

No debe aplicarse ningún parche ni cataplasma en el conducto auditivo.

Nunca debe ponerse en el oído ningún remedio para curar el dolor de muelas.

Para limpiar el interior de la oreja no debe hacerse uso más que de una jeringuilla y agua caliente.

No se debe tirar nunca á los niños de las orejas; esto podría ocasionar la ruptura del tímpano y entonces el niño quedaría sordo para toda la vida.

Cuando pican los oídos no deben nunca rascarse más que con el dedo. Jamás debe hacerse uso de alfileres, horquillas, puntas de lápiz, palillos y otras cosas semejantes.

No se debe usar nunca leche, sebo ni ninguna otra sustancia aceitosa para curar el dolor de oídos, porque esos líquidos se enrancian muy pronto y producen inflamación. En el interior del oído nunca debe echarse más que agua caliente, que no ofrece peligro y es el calmante mejor.

La receta equivocada

Una pieza de artillería puede estar años y años con pólvora y bala sin estallar. Sólo descarga cuando la pólvora entra en ignición. Del mismo modo una persona propensa á contraer la tisis puede vivir toda la vida sin que se presente ningún síntoma de la enfermedad; pero si la chispa de la aprensión prende la carga, la enfermedad estalla.

Una buena prueba de lo que puede la imaginación es el siguiente sucedido: Cierto joven empleado se sintió algo indispuesto y el doctor con quien consultó le premetió escribirle al día siguiente, dándole cuenta del diagnóstico. Así lo hizo, en efecto; pero al otro día le llamaron, porque el enfermo estaba gravísimo. Le dolía el corazón, no podía respirar y se contaba con los muertos.

El médico le reconoció y declaró que no sólo no existía ninguna lesión, sino que el paciente estaba mejor que el día que había ido á consultarle.

—Pero ¿y su carta? —dijo el enfermo—. Mire usted lo que me dice en su carta:

Efectivamente, la carta decía:

«Conviene que disponga lo que haya de disponer, porque le queda poco tiempo de vida.»

El doctor, al leerla, lanzó una exclamación.

—¡Esto era para otro enfermo! Mi criado ha cambiado los sobres.

Al oír esto, el joven se sentó en la cama y se puso bueno enseguida.

En la carta que debía haber recibido le decía el médico que se fuera al campo unos días y que no tardaría en curarse, pero la carta cayó en manos del paciente gravísimo, y siguiendo el consejo se fué al campo y... cinco años después de estos sucesos estaba tan sano y tan bueno como si no hubiera padecido nada en la vida.

Muchas personas delicadas y extremadamente nerviosas han contraído graves dolencias, de las que no han conseguido curarse sólo por haber recibido noticias ó impresiones malas.

Curiosidades del calendario.

El calendario tiene curiosidades poco conocidas y he aquí algunas de ellas:

Ningún siglo puede comenzar en miércoles, viernes ni sábado.

El mes de Octubre principia siempre en el mismo día de la semana que Enero, Abril en el mismo día que Julio, Diciembre en el mismo que Septiembre; Febrero, Marzo y Noviembre comienzan en el mismo día de la semana, mientras que Mayo, Junio y Agosto principian en días distintos entre sí y distintos de los demás meses del año. Estas reglas no tienen aplicación á los años bisiestos.

El año ordinario acaba siempre en el mismo día de semana con que principió.

Por último, los años se repiten, es decir, tienen el mismo calendario, cada veintiocho años. Sin perjuicio de esta regla fija, suelen repetirse también por períodos de once, once y seis años; total, veintiocho.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Consejillo.—Pájaros de cuenta.

Madrid, 11 Octubre.

Todos los ministros, menos el general Pidal, se han reunido esta noche en Consejillo en Gobernación, cambiando impresiones acerca de todos los asuntos de actualidad.

La policía buscaba á Luis Moreno (a) *Clementín* y á su mujer María Torres. Era el primero pr sunto autor de un robo de 40,000 duros efectuad en Lisboa La policía al llegar al domicilio de Moreno lo enc ntró conv rtido en una fábrica de moneda f lsa. Ha recogi lo muchos duros, billetes y monedas de dos pesetas, y además útiles para dicha fabricación.

Ella había sido vendedora de periódicos y ahora vestía con gran lujo. Luis es un ladrón conocidísimo. Estaba complicado en el robo que se cometió en la jover a de la Carrera de San Jerónimo. Se sigue la pista de sus cómplices en el robo de Lisboa.

DE PROVINCIAS.

Causa por estafa.—Crucero inglés.—Pepito Arriola.

Valencia.—Se ha celebrado ante enorme público la causa seguida contra una mujer que se titulaba marquesa y estafó á varios individuos.

Palma.—Procedente de Gibraltar fondeó el crucero inglés *Cumberlen*.

Ferrol.—Distinguidas personalidades irán á Coruña á rogar á Pepito Arriola que venga á dar un concierto, tributándosele, en caso de acceder, un cariñoso recibimiento.

De Africa.

Del litoral y del interior.

Ceuta.—Han salido á recorrer la costa los torpederos *11 y 15*, el *Orión* y el *Habana*, regresando por la tarde.

Procedente de Melilla ha fondeado el cañonero *Marqués de la Victoria*. También ha llegado el vapor *Cabañal*, que conduce muchos pasajeros, en su mayoría moros que siguen el viaje por la costa de Marruecos hasta Orán. Igualmente ha llegado el *Carolina*.

Ha ingresado en el lazareto un vecino del campo exterior atacado de viruela.

Las noticias de las operaciones del Quert han producido excelente efecto.

En Tetuán celebróse la solemne entrega de la cruz del Mérito Militar al jefe del tabor de policía.

Tánger.—Los corresponsales de Alcázar dan cuenta de una nueva manifestación del estado anárquico que empieza á notarse en la cabila de Ahl-Serif, á la que, al parecer, no alcanza la autoridad del Raisuli. Al saqueo ya telegrafiado siguió el asalto de una caravana de arrieros á unas dos horas de Alcázar. Los carreteros procedían de Alcázar y se dirigían á Tánger.

Estos chispazos demuestran la decisión de la tribu de Serif de sacudir el yugo del Raisuli.

El campamento de Alcázar ha sido trasladado al lugar conocido por Minzah, muy á propósito para invernar.

Ha empezado á funcionar el teléfono militar entre Casablanca y Mequinez.

Ha llegado á Tánger, procedente de Inglaterra, el ministro de la Gran Bretaña.

EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

DE PORTUGAL.

Variaciones sobre la conjura.—Escuadra fantasma.

Lisboa, 11 (9'10).

Se afirma que el plan de los monárquicos era apoderarse de Braganza y Chaves, pasando después á Oporto. El haber sido descubierto el complot impidió que estas y otras villas secundaran el movimiento.

En Capocarvoeiro se han visto este medio día navegando con rumbo al Sud cuatro acorazados de nacionalidad ignorada.

Detenciones.—Un remolcador.

Lisboa, 11 (9'15).

En Viana Castello la tranquilidad es completa, continuando las detenciones de los individuos complicados en el complot revolucionario.

Un remolcador ha pasado á la vista de Oporto con dirección á Caninha.

El grueso del ejército enemigo.

Lisboa, 11 (10'5).

Los periódicos afirman que el último telegrama recibido hoy en el ministerio de la Guerra anuncia que el grueso del ejército monárquico, cada día más reducido, continúa la retirada, hallándose ya en la frontera.

El ala derecha.—El comandante Pérez.

Oporto, 11 (11'0).

Según informes oficiales, gran número de revolucionarios salieron de Braganza y entraron en España por Escurqueira, pero volvieron á penetrar luego en Portugal por Lerigel, cerca de Chaves.

Una columna de tropas republicanas al mando del comandante Pérez ha llegado á Pinheiro.

El ala izquierda.

Lisboa, 12 (2'25).

Comunican de Chaves que el día 10, á las 10'55 de la noche, los monárquicos extendieron sus fuerzas paralelamente á la frontera para asegurar su entrada en España. Las fuerzas republicanas tomaron las convenientes disposiciones para atacar el flanco izquierdo. El enemigo se halla en situación comprometida, pues no puede avanzar, creyéndose en los Centros oficiales que ó puesto en fuga vergonzosamente ó será por completo destruído.

La Prensa francesa y las negociaciones.

Paris, 12 (7'4).

Los periódicos se felicitan de que hayan llegado á feliz término las negociaciones con Alemania respecto de Marruecos, haciendo constar, sin embargo, que el acuerdo no es todavía definitivo. Las notas últimamente cambiadas entre los dos Gabinetes prueban la buena voluntad de ambos y que Alemania está confiada de que el Gobierno francés resolverá las dificultades que presente la cuestión del Congo.

Le Gaulois hace notar que la retirada de los buques alemanes de las aguas de Agadir facilitaría notablemente las gestiones de los diplomáticos, pues sería un acto de habilidad que sería interpretado como garantía de la buena voluntad de Alemania.

L'Echo de Paris dice saber con certeza que las negociaciones quedarán terminadas en uno ú otro sentido antes del día 25.

Le Matin da la misma seguridad.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 12 Octubre (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decretos de Gracia y Justicia telefoneados ayer.

Real orden de Hacienda resolviendo el expediente promovido por el síndico del gremio de vendedores al por menor de papel de todas clases y otros objetos de escritorio de esta corte en solicitud de que no se les obligue al pago de otra contribución que la que satisfacen por los encargos que reciban para trabajos de litografía é imprenta; se dispone la adición de un párrafo al epígrafe 18, clase 8.ª de la tarifa 1.ª, concebido en estos términos: «Estos industriales no pagarán otra cuota por los encargos que reciban por trabajos de litografía é imprenta, siempre que éstos se realicen en establecimientos legalmente autorizados por satisfacer la contribución correspondiente; pero si llevaran el nombre del establecimiento en que realizan los trabajos cuando fueren requeridos por los agentes de la Administración ó fueren falsas las declaraciones, contribuirán separadamente por la tarifa correspondiente.»

Anunciando que la salud pública en Shangay, puerto del mar de China, es satisfactoria, no existiendo ahora enfermedad contagiosa ni epidémica.

Congreso aplazado.

El Comité nacional del partido socialista obrero ha comunicado á sus afiliados que, á causa de las anormales circunstancias por que el país atraviesa, queda aplazada la reunión del IX Congreso del partido socialista que debía verificarse estos días y que la nueva fecha se hará saber con la antelación necesaria para el envío de delegados y discusión de la orden del día.

Vapor español sin gobierno.—Cura heroico.—Heridos

Coruña.—Ha llegado un vapor español de la matrícula de Barcelona remolcado por un vapor inglés que lo encontró sin gobierno en aguas de Málaga.

Marchó voluntariamente á Melilla el párroco don Manuel Convedo. Va de capellán del regimiento de Africa.

Córdoba.—Procedente de Málaga ha llegado una expedición de 105 enfermos y heridos que vienen de Melilla. Han ingresado en el hospital.

Consecuencias de la huelga.

Bilbao.—Una Comisión de obreros despedidos de las fábricas de Baracaldo y Sestao ha visitado al gobernador para que les autorice á que hagan un llamamiento de solidaridad, para que los socorran, á los compañeros de trabajo.

De los 230 presos por la huelga á 99 se les juzgará por la jurisdicción ordinaria y á los restantes por la militar. Han sido libertados 17.

Se ha abierto una información para nueve de ellos.

Es imposible libertar á las mujeres presas que están procesadas.

Nuestros barcos.—Los moritos.—Las lluvias.

Melilla.—Fondearon el *Cataluña* y el *Recalde*. El *Carlos V* cruza por Yasamen. El *Concha* está en Alhucemas.

Se confirma por diversos conductos las importantes bajas del enemigo, que está enardecido, pues no se resigna á rendirse.

Amenazan las lluvias y témese que comience á llover, lo cual impediría las operaciones, porque los caminos se ponen intransitables.

Bolsín mañana.

Interior, 83'45 dinero; Nortes, 91'40 dinero; Alicantes, 90'85 dinero.

Noticia de los fallecidos los días 8, 9 10 y 11 de Octubre de 1911.

Casados 10	Viudos 5	Solteros 12	Niños 10	Abortos 0	Nacidos	Varones	51
Casadas 11	Viudas 7	Solteras 5	Niñas 16			Hembras	42

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancha, 3 bis, baja.